

# LA JUVENTUD EN LA IGLESIA

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

**D**N Peruggia se han reunido jóvenes creyentes de 50 países correspondientes a los cinco continentes del mundo.

Es sintomático que este Congreso de seglares católicos lo haya inaugurado un cardenal francés, que rige hoy prácticamente la Congregación Eclesiástica de Seminarios.

Y es que la juventud de hoy es igual en todas partes. Antes, el seminarista era una especie de ente extraño: separado del mundo, vigilado estrechamente, con una espiritualidad de evasión de los problemas de la Tierra; en una palabra: un ser sumiso que no podía pensar por cuenta propia. No se parecía a un joven normal y corriente de su tiempo.

Pero hoy es diferente: la juventud —con ligeras variantes— es igual en todas partes. Las diferencias por países, ambiente y clases sociales son mucho menos importantes que las semejanzas. Las distancias entre los grupos sociales —como ya decía Pío XII— se han atenuado; y añadido yo, sobre todo entre la juventud.

De ahí que a muchos católicos maduros —hombres y mujeres por lo general de otras épocas, enquistados en su mentalidad y experiencias anacrónicas— les sea muy difícil comprender a esta juventud, y se limiten a decir de ella lugares comunes superficiales.

Sólo saben echar en cara a nuestros jóvenes su inconformismo, sus rarezas en el atuendo, su falta de respeto a los adultos, y su escepticismo por todos los valores que ellos —los maduros— representan.

Añoran algunos padres —y a veces los dirigentes de la Iglesia— una autoridad de tipo disciplinario, que son incapaces de implantar, y fracasan día tras día en poderla llevar a cabo.

Por eso cuando un hijo se hace comunista, o se vuelve incrédulo, se achaca siempre a los peligros del mundo de hoy, y al caos que en él reina. Sin saber apreciar el tanto de culpa que los mayores —con nuestra incompreensión de la juventud— tenemos en ello.

Pero el caso de monseñor Garrone es completamente distinto: este hombre sencillo, hijo de un modesto sastre, que corrientemente viste de sotana, ha sabido hablar valientemente durante el Concilio. Criticó los métodos de formación en los seminarios; y por eso le hizo el Papa profeecto de la Congregación correspondiente. Comprende las inquietudes intelectuales de la juventud actual, y por esta causa le responsabilizó también el Papa en la marcha de las Universidades de la Iglesia, en todo el mundo.

En tres tajantes afirmaciones centró, este gran prelado de la Iglesia, lo que hoy le pasa a la juventud sacerdotal —según le confesó en una franca intervención al padre Arias hace unos meses.

Primero, le dijo, que no era extraño que reaccionase el clero actual con una actitud aparentemente menos religiosa, porque «el joven de hoy se rebela ante unas fórmulas de piedad que no le dicen nada, que no se acomodan a las necesidades psicológicas y pastorales de hoy».

En segundo término no tuvo inconveniente en señalar valientemente que el mayor fruto del Concilio era la *apertura*, «especialmente para aquellos sacerdotes que, por razones históricas, han vivido aislados de otras culturas y de otras corrientes de pensamiento. El Concilio les permite abrirse y asomarse a todas las realidades del mundo».

Y, para terminar, le auguró que el ensayo que Francia —y otras naciones— vuelven a realizar de los sacerdotes obreros, será una experiencia positiva de contacto, testimonio y fermento práctico del mundo.

**D**STAMOS cansados de buenas palabras. Empezamos ya a fatigarnos de la crítica, porque no sabemos si unas veces nos agotamos defendiéndonos contra quienes nos combaten, y es que no nos entienden; y otras, pensamos si en permitirla —sin más consecuencias— no habrá un nuevo *truco* que tranquilice engañosamente nuestras inquietudes, sin que llegue nunca el momento de proponer ni ensayar soluciones positivas. Esas soluciones que todos añoramos y que abrirían un futuro más esperanzador, forjando un mundo más justo y con más fraternidad humana, realización que sería el único signo decisivo de la sinceridad religiosa de los cristianos.

Debemos luchar no sólo contra los defectos de nuestra Iglesia, cosa evidente y necesaria, sino que es preciso intentar, con tenacidad y coraje, nuevos y valientes caminos, que hagan visible el testimonio del catolicismo a los ojos del mundo. Esta visibilidad de la Iglesia, que no es otra cosa que la acción misma de los cristianos, y que será un testimonio visible, si de verdad exclaman los hombres que en ningún otro sitio han visto más interés por el hombre y sus problemas, o por el desarrollo humano de las naciones. Entonces es cuando de verdad creerán que el cristianismo merece la pena.

**L**O mismo tenemos que hacer con la juventud estudiante, obrera o clerical: abrirle caminos y no cerrar con nuestra crítica hacia ella la posibilidad de plasmar sus inquietudes.

La atención del mundo por ella, «el interés que por todas partes despierta la juventud», como dice monseñor Garrone, tiene que asumirlo

la Iglesia. Y el primer paso lo tiene que dar conociendo de verdad lo que quiere, piensa y siente, para aceptar lo que de positivo revele en todo ello. Hay «innumerables encuestas acerca de la juventud...; los gobiernos se preocupan por las escuelas...; se crean departamentos ministeriales para estudiar la juventud y sus problemas...». Y la Iglesia tiene que aprovecharse de todo esto, e incluso fomentarlo, y emplearlo en su actitud con el mundo de hoy.

No queramos tranquilizarnos pensando que las reacciones de la juventud actual siempre han ocurrido; no. «Nos hallamos ante un fenómeno verdaderamente nuevo; y el análisis de esta novedad no deja de tener consecuencias», dijo en su discurso.

El cardenal Gabriel Garrone llega así a encontrar, ante la explosión de la juventud en el mundo presente, una base positiva, que revela la comprensión de este dirigente de la Iglesia. A pesar del fenómeno de los *bloussons noirs*, los *beatniks* y los *capelloni*, afirma que en muchos de los jóvenes actuales se revela «una cierta calidad hasta ahora desconocida: lo que podría llamarse la salud fundamental del ser humano. Muchos jóvenes... sorprenden por lo mismo que se admiran en un árbol lleno de savia: crecen sanos... Se siente la tentación de decir: que jamás la cepa humana ha sido mejor». Pero «ese joven biológicamente mejor, es diferente al joven de ayer... Incluso en el interior del hogar; en el ambiente de la familia, las dos generaciones ya no se comprenden».

Por eso —ante un hecho tan importante para el futuro, como es esta radical incompreensión entre generaciones, más señalada que nunca en la historia del mundo— es ejemplar que un jerarca de la Iglesia confiese modestamente «las dificultades que experimentan los más ancianos en la Iglesia para superar —en las actividades de apostolado— el marco de imaginación y pensamiento en que se habían, hasta ahora, desplegado sus esfuerzos: o sea, la parroquia y la diócesis de ayer, los hombres estáticos sin cambio en la organización de su vida». Estos responsables de la Iglesia, encerrados en las cuatro paredes de sus ideas y costumbres habituales, y de los ambientes de otras épocas que vivieron, o en sus modos de pensar localistas, han sido superados en los jóvenes por un prisma universal con el que ven y organizan todas sus cosas. Hasta la Iglesia debe hacerse constantemente joven, y deben variar en ella las cosas —mejor dicho, están variando ya en muchos sitios, pese a cualquier conformismo por bienintencionado que sea—. «Ayer la Iglesia era, en lo íntimo de muchos espíritus, como una federación vaga de unidades diocesanas. Hoy la Iglesia que vive en una diócesis, tiene que ser la expresión de toda la Iglesia sin más». En todos los lugares donde está establecida la Iglesia católica, debe reflejarse el **SIGUE**



Este salón «Romenay» está expuesto en los Concesionarios Airborne-Maga de su ciudad.

**Airborne-Maga incorpora el “pleno confort” a la línea baja de sus nuevos salones.**



**Los niños están dormidos...**

Una mirada distraída en televisión, otra en Triunfo, esperando a sus invitados, en “pleno confort”, en su Airborne-Maga.

Pero, ya están aquí: el reposa-cabezas se escamotea en el respaldo, el asiento se endereza, el pouf se baja. Su “Relax-air” vuelve a ser un sillón como antes. Lo reconocerá arriba a la izquierda.

Para recibir a sus amigos, el salón queda en orden. Elegante e íntimo.

Por la noche, el sofá se transforma, a su vez, en una gran cama mullida. Pero esto ya lo sabían ustedes...



# LA JUVENTUD EN LA IGLESIA

mundo católico entero: ya no hay lugares privilegiados, ni —como he repetido muchas veces, y ahora lo hace monseñor Garrone con más mesurado lenguaje— puede seguir perdurando una organización de reinos de taifas, o de feudos aislados como islotes. Y es la juventud —con su sensibilidad por lo universal— quien más colabora a la superación de lo parcial hacia lo universal.

No cabe —ni siquiera en la vocación sacerdotal— el «querer forzar un pensamiento consciente que esté prisionero en un horizonte estrecho», porque va «a contrapelo de la realidad y puede resultar contraproducente para la estimulación de vocaciones».

**E**l núcleo más importante de todo cuanto puede caracterizar a la juventud actual —a diferencia de la de otras épocas que vivía disgregada y desperdigada— es «la extraordinaria capacidad de los jóvenes de hoy para vivir colectivamente, para unirse por encima de todas las divisiones que existen, no sólo artificiales, sino tradicionales». «Los jóvenes —se atreve a decir monseñor Garrone— son instintivamente ecuménicos». El fenómeno del «provincianismo», del «sectarismo» y del «espíritu de grupo», son arcaicos para ellos; los consideran hoy como propios de personas de otros tiempos.

Por eso la juventud pide hoy «un verdadero y franco diálogo», y «no sólo entre la Iglesia y el mundo, sino también en el interior de la Iglesia». Se trata de buscar juntos —tanto los maduros como los jóvenes— soluciones al mundo y a los problemas que plantea hoy la religión, y su renovación y adaptación a las inquietudes del hombre actual. Los adultos —como afirmó Pio XII— han abandonado a los jóvenes; y por eso —por esta falta de colaboración y comprensión que ellos debían haberles prestado— no acertó la juventud totalmente, porque estuvo demasiado sola.

Cuando los movimientos de apostolado seglar, o los curas jóvenes o los seminaristas, reivindican este diálogo, no deben ser tratados por los hombres ya maduros y con puestos de responsabilidad en la sociedad civil o en la eclesiástica, displicentemente o con severo juicio, teniéndoles por una especie de rebeldes anarquistas. En la Iglesia, y fuera de ella, hay un objetivo común a adultos y jóvenes, que aquellos —los maduros— «se exponen a confundirlo con sus intereses de orden, inmovilismo, rutina y convencionalismos burgueses o seguridad». Es verdad —y no se puede caer en la fácil demagogia de no recordarlo— que la juventud tampoco puede pretender que sólo haya «renovación, rejuvenecimiento y adaptación». Pero ya estamos cansados de escuchar —dentro y fuera de la Iglesia— palabras de moderación, conformismo y conservación: es necesario que se dé mayor carta de naturaleza también a estos valores regeneradores de tanta complaciente rutina doctrinal y práctica, que no es esencial y que se ha elevado a categoría de riqueza inamovible de todas las épocas, sin la cual se piensa, equivocadamente, que todo peligraría.

Por eso los mayores necesitamos de la juventud. Y necesitamos que nos hable claro, porque «los jóvenes tienen el deber de reivindicar, y el derecho de hablar, de tener una educación y de actuar».

**T**ODAVIA me acuerdo de las suspicacias que produjo —hace dos años solamente— una conferencia mía en la que tímidamente afirmé algunas de las ideas de monseñor Garrone: sobre todo, la necesidad de superar el paternalismo; ese vivir en perpetua tutela de menores, sin iniciativa; esclavos de unos modos de pensar, que casi nunca fueron forjados por personal convicción, sino que han sido inculcados muchas veces por pura disciplina exterior. La paternidad es ciertamente necesaria; sin ella, hasta la anormalidad psíquica germinaría por falta de acogida afectiva en la familia humana o religiosa; pero el paternalismo que cohibe casi toda iniciativa y actitud de vanguardia, es una de las cosas más nefastas para el mundo y para la Iglesia, de lo cual todavía no nos hemos liberado totalmente.

«Los jóvenes representan en la sociedad moderna una fuerza de gran importancia», dice el Concilio. Pero —añado yo— no sólo hay que darles importancia a los individuos, sino sobre todo a los valores de renovación que representan, y que necesitamos todos para la construcción del futuro, superando ciertas situaciones acomodadas y determinados privilegios, a que tan acostumbrados estamos los mayores, en todo lo que depende con excesiva exclusividad y unilateralidad de nuestro Gobierno.

Si todos tenemos en cuenta estas observaciones de monseñor Garrone, si adoptamos su actitud constructiva de cara a la juventud, habremos salvado el futuro de los jóvenes en la Iglesia y fuera de ella. Y comenzaremos en superar las crisis de fe o de confianza en el catolicismo, que tan frecuentes empiezan a ser —incluso en nuestro país— no sólo entre los seglares, sino entre los que quieren dedicar su vida a los demás en el sacerdocio.

CARVUS para Sorriba

mi hombre tiene ese algo  
tan... tan de hombre



Suaves y deslizantes  
afeitados eléctricos, aún  
en días de calor y  
humedad! ELECTRO  
MASAJE KAMEL  
facilita definitivamente  
el pasado de la máquina  
eléctrica, dejando su  
rostro suave y  
recientemente natural.  
Casi perfumado. Con  
ese algo tan... tan de  
hombre.

**ELECTRO MASAJE**

**kamel**

(SOLRIZA, S. A.)

para el sexo (muy) fuerte

Es un producto de la serie KAMEL